

El último de los origenistas

NADIE HA SIDO TAN RADICAL CON LO CUBANO COMO Lorenzo García Vega. No sólo porque ha subvertido la manera tradicional de leer/entender a Orígenes (raspándole el *blanconegro* de las instituciones y haciéndolo más interesante que lo que todas las FinaCintio han podido mostrar), sino porque ha arremetido contra el escritor y su falsedad (esa manera que tiene el escritor de producir criterio), y contra los mitos totalitarios de tradición y la idiotez del exilio.

Para esto, no solo ha construido libros *pathológicamente* bien escritos: verdaderas mezclas de risita y neurosis; ha puesto a girar toda su literatura alrededor del concepto «ilusión»: lo político que siempre resemantiza a este concepto, y ha develado las maneras en que un determinado grupo o país se caricaturizan como propuesta.

Y es que si observamos bien veremos que Lorenzo García Vega pertenece a un tipo de escritor que apenas abunda en la isla: el del escritor en conflicto con su lugar o tiempo —una especie de Walser dándose cabezazos contra un árbol—, el del escritor que sólo puede devenir problema.

No solo Lezama o el *canon cubensis* o la literatura en sí misma se le aparecen a Lorenzo como problemas: procesos complejos que siempre pueden ser abordados desde varios lados; también su relación con el contexto (cínica, y traspasada por líneas conflictivas de poder); también su relación con diferentes culturas.

¿Acaso los apuntes que hace en *Rostros del reverso*¹ de su vida en Madrid/New York no son sintomáticos de los choques-de-fuerza que se dan entre él y una determinada zona de comportamiento? ¿Y los apuntes sobre Playa

Carlos A. Aguilera

¹ Lorenzo García Vega. *Rostros del reverso*. Monte Ávila Editores, Caracas, 1977.

Albina (Miami): lugar «poblado por gentes sin identidad, donde acabamos por borrarlos», no revelan ante todo una pregunta por la cultura?

Si el delirio de lo cubano y del «mesianismo» de lo cubano puede rastrear-se en nuestros archiveros desde hace más de un siglo, la literatura de García Vega puede considerarse casi como un antídoto. No porque la niegue: negación-afirmación a veces significan nada, sino porque proyecta lo ridícula que resulta en un país *venido a menos*, donde todo es la caricatura de un *antiguo esplendor*, y la grosería, la máscara, la mentirita, el tapujo son de alguna manera las constantes sociales más típicas.

¿Hay que recordar que Fernando Ortiz decía que «el relajo» era nuestro mal supremo: eso-que-nos-corroe², y Ortega (el periodista, no el filósofo) que todo el nacionalismo cubano nacía de «los sueños» de Martí, es decir: del delirio³?

En un libro como *Los años de Orígenes*⁴ Lorenzo explica esto mismo a partir de una serie de conceptos: lo tenso, lo frío, el reverso..., que le sirven además de para representar la mediocridad literaria y vivencial de la isla, siempre tan a tono con esa posición marginal a que han estado sometidos los flujos de creación en el país, para resemantizar junto a palabras como rebumbio, mata-lotaje, huyuyo..., lo que siguiendo a Richard Rorty podríamos denominar su «léxico último»⁵.

Léxico desde el que construye una serie de artefactos *irónicos* sutiles que lo ayudarán a comprender ese extraño proceso de obsesiones que es su literatura (agujereada también por una gran dosis de caos), y a modelar una escritura *en tensión* con lo que ya el mismo Lezama nombraba La Generación de la Revista Orígenes; generación o grupo que sin dudas podría definirse por ciertas posiciones idílicas: la pobreza irradiante, la teleología insular, la utopía de la nación..., y por una mala lectura de los concepticos poesía e historia, donde la primera a partir de un extraño rodeo debía reencarnar en la segunda o mapear un territorio donde ética y misterio se complementasen.

Lo que no significa que Lorenzo pueda ser sacado de posiciones que lo emparentan con su generación: que lo hacen salir y entrar a la vez en ella; tampoco que no logre libros en total forcejeo con una ideología pastoral y *romántico* literaria.

Su escritura: desarticulada, esquiza, marionetesca..., está mucho más cerca de ciertas posiciones de vanguardia, una vanguardia en conflicto con su

² Fernando Ortiz. *Por la integración cubana de blancos y negros*. En: Salvador Bueno. *Los mejores ensayistas cubanos*. Editora Popular de Cuba y del Caribe, s/f., pág. 37.

³ Luis Ortega, citado en Lorenzo García Vega. *Ibid*, pág. 121.

⁴ Lorenzo García Vega. *Los años de Orígenes*. Monte Ávila Editores, Caracas, 1978.

⁵ Richard Rorty. *Contingencia, ironía y solidaridad*. Editorial Paidós, Barcelona, 1996, pág. 91. Dice Rorty: «Es "último" en el sentido de que si se proyecta una duda acerca de la importancia de esas palabras, el usuario de éstas no dispone de recursos argumentativos que no sean circulares. Esas palabras representan el punto más alejado al que podemos ir con el lenguaje: más allá de ellas está sólo la esteril pasividad o el expediente de la fuerza».

mismo *rapport* de vanguardia, que de una manera lineal de acercarse a la escritura.

Libros como *Collages de un notario*⁶ o *Vilis*⁷ muestran más la diferencia: ese torcimiento que se acopla a la diferencia, que la inscripción fácil de quien se dedica a cumplir con un mercado; muestran más lo obsesivo, el pastiche, la confusión de géneros que cualquier idea patética de orden y sacralidad.

Cosa que no pone en duda todo un diálogo entre escritor y tradición, es decir: entre ciertas estrategias de guerra y prácticas archilegitimadas por el canon, o entre la literatura y la manipulación política que todos realizamos de ésta.

Quizá uno de sus libros más polémicos sea precisamente *Los años de Orígenes* (libro que le ha buscado una buena cantidad de enemigos), no solo por el desmontaje que realiza de la ideología del mencionado grupo, sino por la incesante *pathoburla* a que los somete, y por la crítica lúcida que realiza de la República, el *ethos* insular, el totalitarismo, la nadahistoria...

Sus libros, y especialmente *Los años de Orígenes* podrían definirse como una reflexión sobre la nadahistoria⁸, sobre el complejito de castración del cubano. Marioneta que necesita constantemente tapan los huecos (a la manera de un gato con gran sentido de intimidad) e inventar una tradición que haya atravesado varios estamentos y simule desde su ausencia, sus miserias, su *incultura* lo que en otro contexto podría llamarse una idea compleja de nación. Cosa que explica que el cubano viva sublimando un pasado —lleno de quintas y cubiertos de plata y negritos echafresco— o estatalizando una arcadia.

Arcadia que ha sido observada por Lorenzo desde el folletín, ese cursi y rocambolesco folletín, y desde las maquinaciones que convierten a sus libros en un archivo genéricamente inclasificable: con parodias de Gertrude Stein/reescrituras del Nuevo Periodismo, y con una tensión lúdica tan cacharrera que no admite modelos simples de rotulaje: memorias, diarios, novelas, etc. Juego éste que hace que no caigamos en la tentación del género (siempre fácil y demasiado «moderno») y pensemos algunos de sus libros solo como escritura: *churumbela* en constante estado de ebullición.

¿De alguna manera *Los años de Orígenes* no podría ser pensado como esa novela-del-exilio sobre la que se reflexiona juguetonamente en el mismo libro; y *Variaciones a como veredicto para sol de otras dudas*⁹ como un pliegue donde la memoria y lo literario tartamudean las mismas preguntas que articularían en otro espacio?

⁶ Lorenzo García Vega. *Collages de un notario*. Ediciones La Torre de Papel, Florida, 1993.

⁷ Lorenzo García Vega. *Vilis*. Editions Deleatur, Angers, 1998.

⁸ Término inventado y utilizado por Virgilio Piñera para «conceptualizar» el ambiente político-cultural cubano.

⁹ Lorenzo García Vega. *Variaciones a como veredicto para sol de otras dudas*. Ediciones La Torre de Papel, Florida, 1993.

Su poesía, apenas aquí leída y merecedora ella misma de un texto aparte, puede hacer mucho más evidente cualquier reflexión sobre la escritura en el imaginario de Lorenzo García Vega. Ante todo porque comenzó muy cercana al cubismo y a una determinada superposición de planos —ver Cintio Vitier: *Cincuenta años de poesía cubana*—. Ante todo, porque la que ha realizado desde los años setenta hasta el momento se ha vuelto tan chirriante y juguetona¹⁰ que parece más una mezcla de Joseph Cornell con Morton Feldman que poemas propiamente dichos.

A este respecto pienso que uno de sus poemarios más importantes es *Variaciones a como veredicto para sol de otras dudas*. Un libro-papiro-zuihitsu¹¹ que va progresando en la misma medida que mezcla la obsesión por la infancia con el delirio, y forma un texto que se pregunta constantemente por su escritura, la memoria, lo político, la enfermedad...

Y es que de alguna manera todo el imaginario de García Vega se enrosca alrededor de lo político y la enfermedad. No solo porque hace chistes constantemente sobre la neurosis y el psiquiatra (habría que preguntarle al Dr. Rédinger hasta que punto es cierto todo esto), sino porque su mundo guñolesco y *dezencantado* hace que vea las cosas tan traspasadas por su real: ese real irreal de lo real, que solo puede escribir desde una suerte de carcajada y dolor.

Dice: «El literato debería comenzar reconociendo su falsedad. Una vez hecho esto, quizá las cosas fueran mejores. Pero si el literato se presenta diciendo que él es un hombre de gran espíritu, la cosa termina como siempre: convirtiéndose él mismo en un agente de relaciones públicas.»¹².

Quizá lo que una a escritores como García Vega y Virgilio Piñera sea precisamente esa manera reactiva de entender la vida, su ojo negativo. Virgilio porque, como declara en su autobiografía, por su triple condición de escritor, pobre y homosexual tuvo que relacionarse desde muy temprano con la mierda...; Lorenzo, por haber desarrollado con los años una visión *agónicodesencantada* que lo ha hecho leer y entender el mundo, si no siempre desde su reverso — como él afirma—, por lo menos con la suficiente vigilia para descubrir *lo chiquitico* que se esconde detrás de todo. De ahí que sus libros estén llenos de referencias irónicas al escritor, la literatura y a todo esfuerzo de compromiso intelectual a la manera que se entendió esto en los años sesenta, y su posición sea, cuando no de franca burla, por lo menos de escepticismo y lucidez.

Mirada que castraron la mayoría de los origenistas en sí mismos con sus tapujitos y sus ceremonias: vacías como casi todo en la isla, y con el bisoné de

¹⁰ Verbigracia: sus *Cajitas*. Incluidas en *Poemas para penúltima vez 1948-1989*. Ediciones Saeta, Colección Escandalar, Miami, 1991.

¹¹ «Zuihitsu, género literario de Vilis, es “colección de fragmentos, anécdotas, anotaciones, observación de cosas curiosas, descripción de sentimientos y cosas por el estilo, todo ello sólo, por casualidad con relación entre sí”». En *Vilis, ibid.*, pág. 31.

¹² Nedda G. de Anhalt. *Entrevista a Lorenzo García Vega. Anverso y reverso de un poeta a los 70 años*. La Gaceta del Fondo de Cultura Económica, México, octubre, 1996, págs. 42-44.

todo un mundo de trascendencias que lo único que ha hecho es ponerlos en ridículo ante el intento de una lectura no teológica y crítica¹³.

Si para terminar hubiera que colocar a Lorenzo en una dimensión de cierta justicia, con la risita que posee en sí mismo todo simulacro de justicia, podríamos decir que nadie ha indagado sobre la nación, el nacionalismo y lo cubano de manera tan obsesiva como él lo ha hecho: realizando libros contraídos, políticos, extraños, con una manera muy interesante de acercarse a la amistad; a la vez, nadie ha luchado tanto por escapar de la claustrofobia de esos conceptos. Y quizá por esto deberíamos estarle agradecidos: ha mostrado una Cuba idiota, cacharrera, reaccionaria: con saloncitos pequeños y filósofos de cartón, una Cuba-bomba tan (pero tan) pseudocarnavalesca que lo único que tiene sentido es, después de haberla «observado», hacerla explotar.

¹³ «Un joven puertorriqueño que está haciendo una tesis sobre *Orígenes* vino a verme para conversar sobre la revista. Me obligué a hablar como un *origenista*, dije lo que podía esperarse. Ahora recuerdo esa conversación, y pienso en eso de *la fama como una suma de malentendidos*. Sí, la fama de una revista también es una suma de malentendidos, y lo peor es que nos quieren colocar, a los que quedamos como testigos, en la posición idiota de quien narra un hecho sin historia, un hecho muerto.» *Rostros del reverso*. *Ibid*, pág 180-181.

